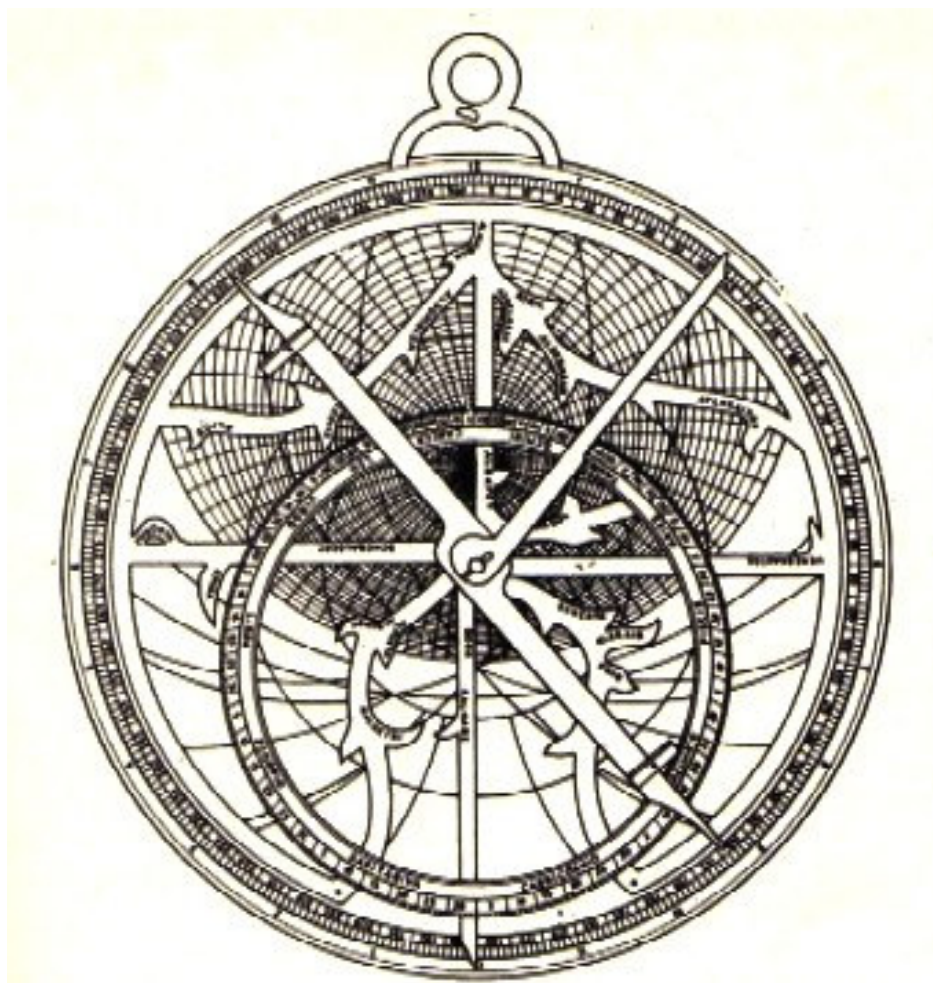


COLECCIÓN DE CUADERNOS BORRADORES



Astrolabio de Ragiomotano del año 1468. Fue un instrumento de navegación de la época de los Descubrimientos, la Conquista y Población que nos ocupa.

JUAN DE GARAY Y SANTA FE DE LUYANDO

GUILLERMO A. EBERLE PATTERSON

**EDICIONES DEL
ILUSTRE RESTAURADOR**

JUAN DE GARAY Y SANTA FE DE LUYANDO

(Santa Fe de Luyando no estuvo en Cayastá)

LA TERCERA PARTE



Felipe II, El Prudente (1527- 1598), Rey de España desde 1556 por abdicación de su padre. Hijo de Carlos I de España y V de Alemania y de doña Isabel de Portugal. Fue un monarca enérgico, perseverante y hábil diplomático. Los sucesos que relatamos en este ensayo ocurrieron en la plenitud de su mandato.

La concepción geopolítica del Mundo de Felipe II, fue la misma que la de su padre Carlos V y la de éste, la que también heredó de su abuelo que fue Fernando V de Aragón y I de Castilla, El Católico. Doctrina que con un nombre simplista he tratado de condensar llamándola Fernandina. Es ella el europocentrismo exacerbado: Europa era el ombligo y el eje del Mundo. Todos ellos, abuelo, nieto y biznieto pensaban que si se salvaba Europa se salvaría el Mundo. Carlos V le agregó el ingrediente religioso. Felipe II lo multiplicó. Hasta que España quedó postrada y tras ellos nosotros, encadenados a su suerte. La antítesis de esta concepción es la geopolítica de doña Isabel I de Castilla, La Católica, a la que llamo Isabelina. Ella creía que había que salvar a España y al Nuevo Mundo, porque ambas tierras formaban una sola heredad. Doña Isabel se nos murió en Medina del Campo en 1505 y con ella el isabelismo. Un poco después falleció el Almirante Colón en Valladolid, solo y abandonado. Recluida la Reina doña Juana por su drama, prevaleció la política de su padre: la Fernandina. Así le fue a España. Ella dio su vida y el Imperio Hispánico por Europa. Digamos que se inmoló. Hoy de ella nadie se acuerda y Europa le dio la espalda. Y así nos fue a nosotros de quienes hoy sólo se pueden juntar, con suerte, algunos cascotes.

El abandono de la inmensa soledad

Vendría de parabienes decir en esta instancia que al despoblar Buenos Aires, el Capitán don Domingo Martínez de Irala cometió un disparate (cartas abril de 1541). Ya hubo otros más enjundiosos que lo dijeron, como es el caso de Enrique de Gandía (*Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*). Por otra parte, hacer esta aseveración, no deja de resultar cómoda, porque se centra toda la responsabilidad en una sola persona para justificar el abandono en que fue sumido el vastísimo territorio que va desde el *Cabo de Santa María* (al este de la actual República O. del Uruguay), hasta los *Bajos de Caboto* (actual Paso de la Patria, confluencia de los ríos Paraná y Paraguay), ante las mismas barbas de la Asunción de Irala.

Digamos que más modernamente comprendería parte de la *Cuenca del Plata* o, centrándonos en nuestro territorio, la región que se denomina actualmente como *Pampa Húmeda*.

Lamentablemente esto no fue así. E Irala hizo lo que pudo y juzgó conveniente con los medios miserables que fueron puestos a su disposición desde que su Capitán Ayolas (delegado de don Pedro de Mendoza) lo dejó solo hasta Alvar Núñez Cabeza de Vaca (el segundo Adelantado). Más aún, se podría decir que el conquistador muchas opciones no tuvo y, si su misión terminó siendo la de impedir el tránsito portugués de San Vicente (litoral Atlántico brasilero) a las Charcas (en los contrafuertes andinos, camino al Perú) como lo había hecho Alejo García, el legendario marinero de Solís, se podría decir que la cumplió acabadamente.

Irala no fue nada más que un engranaje modesto dentro de la gigantesca maquinaria de la incuria. Pero veámoslo más detalladamente, porque se me vendrá un vendaval de críticas. En octubre de 1492 el Almirante Colón llega y descubre lo que los españoles llamarían después la Tierra Firme e Islas de la Mar Océano, y más adelante los ingleses, en concurso con los franceses, holandeses y portugueses terminaron llamando América, sin que ni siquiera el propio homenajeado con tal nombre, Américo Vesputio, lo supiera.

Casi un siglo de soledad y desamparo

Un poco menos de 23 años después de aquella gesta incomparable de la Humanidad, en 1515, sale para el que, andando el tiempo, se llamaría Río de la Plata, la expedición del Capitán Juan Díaz de Solís con dos carabelas, un barinel y 60 tripulantes. Es un viaje de reconocimiento. No se funda ningún pueblo, a pesar de que Solís va tomado posesión de puntos en la costa (Ruí Díaz de Guzmán) desde la Candelaria (actual Montevideo) según Madero, hasta el lugar de su trágica muerte (Groussac) a orillas del actual Arroyo Vacas (en la Punta Gorda uruguaya). A fines de marzo de 1516 la escuadrilla de Solís se marcha a España. El Río de la Plata vuelve a quedar desamparado.

Luego vendría Fernando de Magallanes que partió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y llegó a estas playas el 11 de enero de 1520. Estaban de paso hacia el descubrimiento del estrecho. Tampoco fundó ninguna población, a pesar de que reconoció toda la costa occidental y sur del Plata. Permaneció en el estuario alrededor de 18 días (Madero). En esta fecha el ancho río queda nuevamente en la más completa soledad.

El 3 de abril de 1526 parte de Sanlúcar el Capitán Sebastián Caboto y el 6 de abril de 1527 fondeó en un puerto que llamó San Lázaro (en el ya mencionado Arroyo Vacas). El 27 de mayo llegó a la confluencia del río Carcarañá y Coronda y funda un fuerte al que llamó Sancti Spiritus (hoy Puerto Gabotto, Santa Fe). Antes de partir hacia el norte encomienda al Capitán Antón de Grajeda la fundación de San Cristóbal en la desembocadura del Río Negro uruguayo sobre el Río Uruguay. A principios de diciembre de 1527 también ingresa al Río de la Plata el Capitán Diego García de Moguer y se estaciona en la isla San Gabriel para armar un bergantín que traía desarmado. Por los últimos días de agosto de 1529 se produce el asalto a Sancti Spiritus por parte de los indígenas comarcanos. Caboto se repliega sobre San Cristóbal el 6 de octubre de 1529. Allí aguantaría el asedio *charrúa* por tierra y de los *chandules* por agua, hasta fines de diciembre de 1529. Al no recibir apoyo de España, abandona todo y emprende su regreso a España en compañía de García de Moguer. Otra vez el anchuroso río queda sin la presencia española.

El 17 de agosto de 1535 la gran armada del Adelantado don Pedro de Mendoza descendería por las aguas del Guadalquivir, con 11 naves de distintos portes y 808 hombres en total (Madero, Groussac, de Gandía, pero la cifra es muy discutida). Recién el 24 de agosto desplegaron las velas hacia el Río de la Plata. No se conoce la fecha exacta de ingreso al estuario de la armada de don Pedro de Mendoza, pero debió ser a fines de febrero de 1536. En marzo fundaba Buenos Aires. Tras sucesivos fracasos el 20 de abril de 1537 don Pedro firma ante escribano una *Provisión*, nombrando a Juan de Ayolas como Gobernador y Capitán General. En los últimos días de abril de 1537 el primer Adelantado regresa a España y fallece en alta mar el 23 de junio de ese año. A fines de 1539 se supo que Ayolas había sido muerto por los aborígenes y, como este había nombrado a Irala como su Teniente, fue este Capitán reconocido como Jefe en Asunción. En abril de 1541, Irala despobló Buenos Aires. Por lo que el Río de la Plata quedó completamente abandonado.

De manera que hasta la fundación de Santa Fe de Luyando en 1573 y de Buenos Aires en 1580 por parte de don Juan de Garay, no existió presencia española, ni ciudad, pueblo o puerto desde la isla San Gabriel hasta llegar a la Asunción. Desde el descubrimiento de América habían transcurrido 81 años, casi un siglo, y recién España, de la mano de uno de sus mejores capitanes con mancebos de la tierra e indígenas, fundaba dos poblaciones muy pequeñas y miserables, aunque muy distantes entre sí. Este es el doloroso resumen de lo que se llamó Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata.

Si se comparan las poblaciones y puertos fundados por Portugal a lo largo del litoral brasilero, con los fundados por España en igual período de tiempo, se tendrá una idea acabada del abandono en que fue sumido el Río de la Plata por el desinterés de la corona. Esta tierra tenía dueño por Todesillas, pero era de nadie en la realidad. Los portugueses se dieron cuenta de esto e hicieron su agosto con trampas y argucias, algunas muy ingeniosas. Tras ellos vinieron los otros buscando partija. Esta situación del Río de la Plata, *de ser considerado el arrabal del Imperio Español*, se mantuvo hasta el mismo 25 de mayo de 1810.

El extraño caso de las visitas y los intrusos

La visita inglesa tenida por española

El 9 de junio, Sebastián Caboto, o Sebastian Cabot (1476-1557), como lo llaman los ingleses hasta el día de la fecha, funda, como ya lo he dicho, en la ribera norte del Carcarañá, en su confluencia con el Coronda, una fortaleza y real que llamó *Sancti Spiritus*. El origen de este marino es incierto. Luego de publicar en Sevilla su *Mapamundi* en 1544, le aseguró a un enviado de J. B. Ramusio (alrededor de 1547), *que él había nacido en Venecia, y que de muy niño fue llevado por su padre Juan a Inglaterra*. Con él y sus hermanos, descubriría los *bacallaos* en las costas de Terranova (5 de marzo de 1496) a nombre de Enrique VII de Inglaterra. Don Eduardo Madero, tras cierta investigación, concluye diciendo que Caboto era veneciano. Pedro Mártir lo asegura y da testimonios (*Décadas*, 3ª, Libro 6º, pp. 267 y 268), de que el lugar donde se meció la cuna de Caboto fue Venecia. Igualmente el cronista de Indias, Fernández de Oviedo, que asegura haberlo conocido en la corte del Emperador (*Historia natural*, Tomo 2º, Libro 23, Cap. I, pág. 169) dice que era de "origen veneciano e criado en la isla de Inglaterra."

Siendo Caboto cartógrafo de Enrique VIII, *entró a servir a España por pedido e insistencia* (y no por *ofrecimiento*, lo aclara Pedro de Angelis, en su *Colección de Obras y Documentos*) del Rey Fernando *El Católico* (de 1512 a 1518), primeramente, y luego de Carlos V (de 1526 a 1530), con permiso especial concedido por el rey inglés. El historiador Richard Eden (*The Decades of the New Worlde*), que llegó a conocerlo en su ancianidad, contaba en 1555 que Caboto le había dicho *que era inglés nacido en Bristol*. También lo dijeron después Th. Lanquet, Richard Haklyut y Galvão en trabajos muy fundamentados. El cronista Antonio de Herrera en sus *Décadas*, también lo asegura porque vio los originales de las Reales Cédulas. En 1876, J. T. Nicholls, bibliotecario de Bristol (la vieja Bristowe), hizo una biografía muy completa de Caboto donde demuestra que era inglés de Bristol. Para el actual mundo anglosajón no hay ninguna duda que Caboto fuese un inglés de Bristol. En otras palabras: es un tema que nadie discute, simplemente porque jamás estuvo en discusión.

Sin embargo luego de leer algunas biografías de Caboto, me ha quedado la extraña sensación de que el marino era oriundo del lugar donde le habían hecho la pregunta. Y se le hubiesen preguntado los de Berazategui dónde había nacido les hubiese asegurado que nació en Berazategui, en el día tal del año cual.



Firma del marino donde se puede leer claramente Sebastián Caboto, No dice Gabotto, Gaboto ni Cabot. Es la prueba de mayor peso presentada por Madero para decir que Caboto era veneciano. Lo que no se dice es que esta firma fue puesta en España y los españoles castellanizaban todos los apellidos extranjeros: así de Amerigo Vespucci hicieron Américo Vespuccio. Y don Amerigo firmaba Américo como le decían y no como él se llamaba.

Al iniciar Caboto su viaje hacia el sur lo acompañaba su lugarteniente: el londinense George Barlow, que los españoles llamarían Roger Barloque o Barloue (Luis Ramírez y documentos de la época). Según las listas de embarcados Barlow sería el único inglés que vino en aquella ocasión. Pero se sospecha que resultaron ser muchos más los que no habrían sido anotados, como parecería habría ocurrido en el caso de las mujeres, por existir una prohibición expresa del Emperador que fuera estampada en la capitulación. Y Carlos V, el Emperador, era muy pragmático y un avezado experto en asuntos de faldas.

No obstante ello subsiste el interrogante de Lucía Miranda, la esposa del Capitán Nuño de Lara, matrimonio inmolado en la tragedia de *Sancti Spiritus* (Ruí Díaz de Guzmán, del Barco Centenera). Algunos historiadores de prosapia, han demostrado que aquellos hechos fueron reales y no una leyenda como se ha divulgado entre nosotros. En las listas de embarcados en la expedición de Caboto (Toribio Medina, Tulia Peñeyro), no figura Nuño de Lara, ni como Capitán ni como marinero. Mucho menos Lucía Miranda. Por lo que mi humilde opinión es que Lucía Miranda resulta ser la *Inés de Castro* medieval (la esposa del Infante Pedro de Portugal asesinada por cortesanos envidiosos en 1355; drama de la vida real que serviría de guión a la obrita lacrimógena), pero ambientada en el Río de la Plata doscientos años después.

Pero haya o no existido Lucía Miranda, su marido Nuño de Lara y los caciques pretendientes de la bella española, Siripó y Mangoré, ella, como buena mujer ha dado su fruto, porque fue la primera novela escrita

en América; y si bien no es novela histórica sirvió, al menos, como fuente de inspiración al *Siripó* de Juan M. de Labardén, el *Tabaré* de Juan Zorrilla de San Martín y al *Lucía Miranda* de don Hugo Wast.

Volviendo a lo nuestro, el de Caboto o Cabot sería, formalmente, *el primer desembarco inglés, con mano de obra española* (al revés que las invasiones inglesas de 1806 y 1807: *de inspiración española con mano de obra inglesa*), en lo que es actualmente el territorio argentino. Caboto no dejó desatino por hacer, ni desobediencia por cometer respecto a lo capitulado con el Emperador y las mudas que le siguieron, ni de perpetrar asesinatos masivos de indígenas (aquellos 400 timbúes muertos en un solo día en la Isla de los Pájaros que, como dijera don Manuel José Quintana: *crimen fueron del tiempo y no de España*), tomar a cañonazos las pacíficas aldeas ribereñas, organizar matanzas de indígenas (caso de la comunidad guaraní contigua a Sancti Spiritus), ahorcar (el lúgubre caso de Martín Vizcaíno pintado por Leoncio Gianello, que lo descubre como un asesino), apuñalar indígenas porque no lo saludaban, encarcelar y desterrar a sus propios Capitanes y tripulantes, y de imponer una cruel tiranía (el caso de García de Moguer es patético). Todo ello inspirado, como lo dice el poeta, *en la atroz codicia y la inclemente saña*,

El 22 de julio de 1530, Caboto entraba en el Gudalquivir. El 28 ya estaba procesado por los Oficiales de la Casa de Contratación. Por sus crímenes fue condenado por el Consejo de Indias en Avila, el 4 de julio de 1531, a prisión, destierro y al pago de las indemnizaciones a sus víctimas y las costas de los juicios. Pero sabemos que esto no duró más de una año, porque de regreso Carlos V lo absolvió de todas las obligaciones (y seguramente se hizo cargo de la deuda monumental). En 1544, cuando publica su *Mapamundi*, seguía en Sevilla como cartógrafo de la Casa de Contratación bajo el paraguas del Emperador. Se piensa que en 1547 regresó a Inglaterra donde habría muerto más que octogenario siendo presidente de una corporación llamada *Comerciantes Aventureros de Inglaterra* (con ellos, encomendarse al Cielo era poco).

No se sabe, ni aproximadamente, toda la valiosísima información que le transmitió Caboto al Almirantazgo inglés sobre su viaje al Río de la Plata. Todo gratuitamente: porque ella no arriesgó nada ni gastó un penique. Como desconocemos cuántos capitanes y tripulantes sacó Inglaterra, nación con firme vocación marinera, de aquellos nautas que humildemente acompañaron al Piloto Mayor de Carlos V. Así como se desconoce el papel que jugó en esto George Barlow, segundo de Caboto. Solamente sabemos que éste se fue a Londres en 1531, donde tenía esposa e hijos, y allí habría fallecido al poco tiempo. Tampoco nadie ha explicado por qué teniendo el Rey Fernando y su nieto Carlos V una pléyade de insignes pilotos españoles, eligieron al anglo-veneciano, insistiendo y hasta suplicándole a su sífilítica majestad, Enrique VIII, para que se lo diesen en calidad de préstamo. Caboto tiene en Argentina calles, avenidas, plazas, bustos, estatuas, y hasta un pueblo y puerto que lo recuerdan. Sin contar lo que se dice de él en los manuales escolares. Menos mal. Es que debemos ser agradecidos de los súbditos de su Graciosa Majestad Británica que nos visitaron dejando, como siempre, recuerdos de luto, desolación y muerte.

Otra visita inglesa tenida por portuguesa

No faltará alguno que diga que lo dicho anteriormente es una exageración de mi parte. Les demostraré a continuación que es probable me haya quedado corto. Las primeras noticias sobre las riquezas descomunales de estas tierras fueron llevadas a España por Hernando Calderón y George Barlow, enviados y lugartenientes de Caboto desde San Cristóbal (llegaron a Sevilla en octubre de 1528). Aunque para dar muestras de estas opulencias presentaron “una honça –más o menos- de plata, además de ciertas orejeras e lunas de metal, en cantidad de una libra”, que el anglo-veneciano les había robado a los guaraníes del Cacique Yaguarón en la Laguna de Santa Ana cuando hiciera su segunda incursión Paraná arriba.

La segunda diseminación de estas mentiras estuvo a cargo del propio Caboto, que digo: habrá sido una forma de disimular su fracaso estrepitoso, las pérdidas cuantiosas y sus correrías de malhechor. Detrás de él seguiría Diego García de Moguer, otro que desearía escudarse de su desobediencia mostrándole bagatelas al Emperador (siempre falta de efectivo para hacer alguna guerra), y de sus andanzas en la trata de esclavos indígenas con los portugueses de San Vicente (sólo pudo mandar un galeón cargado con estos infelices cazados en las costas). A estos dos los siguieron los portugueses Enrique Montes y Gonzalo da Costa (un par de bribones; el primero ex marinero de Solís), que llevaron a Lisboa los más halagadores informes sobre las riquezas inconmensurables de estas comarcas; y *cuya conquista no tenía más inconveniente que domesticar a los naturales* que eran medio levantiscos.

Estas noticias se diseminaron por toda Europa, pero como una vacuna prendieron en Portugal siendo rey don Juan III de la Casa de Avís (la segunda dinastía portuguesa, anterior a los Braganza). Este monarca hizo preparar, inmediatamente después de conocidas estas quiméricas versiones, una armada de cuatro naves, que serían tripuladas por unos 400 hombres. Simultáneamente divulgó la noticia de que tal expedición iría a sus posesiones en la costa del Brasil, pero en realidad vendría al Río de la Plata. Pese a las protestas del embajador español don Lope Hurtado de Mendoza (enterado por sus espías; véase E. de Gandía), don Juan III continuó con los preparativos como si tal, y confió el mando expedicionario a Martín

Affonso de Sousa. El 3 de diciembre de 1530 la armada lusitana se hizo a la vela. El último día de enero de 1531, ya estaba en el Cabo de San Agustín.

De allí continuaron a Pernambuco. El 1° de marzo siguieron viaje en la nave *San Miguel*, el galeón *San Vicente* y una carabela tomada a los franceses, a la que Pero López de Sousa (hermano de Martín Affonso) había bautizado como *Nossa Senhora das Candeas* por ser éste el día el que la capturó. Pasando Río de Janeiro, vinieron a recalar en la Punta San Ignacio. Y allí se encontraron con los tres guardianes del Río de la Plata, que por supuesto no eran los españoles, sino el *sur*, la *pamperada* y la *sudestada*. Un viento suave del sur terminó en un Pampero furioso que destartaló la armada de don Martín Affonso que, dicho sea de paso, se salvó nadando hasta la costa.

Desesperados recorrieron la playa en busca de alguno de los bateles que traían las naves, y encontraron encallado un “bergantín de cedro mui bem feito” (que por la descripción pudo haber sido el del contador Montoya de la armada de Caboto). Entonces el Capitán decidió mandar a Pero López de Sousa con treinta hombres en este bergantín reflatado (es una pequeña embarcación de unos quince bancos), para que entrasen al Río de Santa María (el Río de Solís) arriba y colocara padrones, tomando posesión en nombre del Rey de Portugal. Para ello no debían tardarse más de veinte días.

El 23 de noviembre de 1531 partió este Capitán e hizo su primera escala al pie de un cerro que nombró como de San Pedro (es el de la Candelaria de Solís, el Monte San Ovídeo de Magallanes y el Montevideo actual). Más adelante visitó Colonia, a la que dio el nombre de Cabo de San Martinho, y reconoció las siete islas que conforman el archipiélago fronterero, repartiendo nombres a troche y moche. En la siguiente jornada arribó a la isla Martín García a la que llamó Santa Ana. Hizo escala en las islas Dos Hermanas (llamadas así desde Solís, y ahora también) a las que denominó de Sant’ André. El 1° de diciembre ingresó por el Paraná Guazú y remontó el río hasta el brazo del Bravo y anduvo navegando el delta hasta el 13 en que decidió retornar. El 27 de diciembre se habían reunido con el resto de la expedición surta en la isla de la Paloma. Y el 1° de enero de 1532 largaron velas con rumbo a Portugal, a donde se supone llegaron el 24 de noviembre, porque es la última fecha anotada en el *Diario de Navegación* de Pero López de Sousa.

Ahora bien: cuando se produjeron estos sucesos, y como ya he dicho, gobernaba el reino de Portugal la Casa de Avis desde 1385. Los miembros de esta casa tenía gran afinidad con Inglaterra (Enrique VIII en el trono hasta 1547) y con Francia (reinando Francisco I, enfrentado a Carlos I de España por el predominio de Europa, y el francés había trabado alianzas con Inglaterra particularmente). Esta situación era provocada por el problema, vigente entonces, de la independencia de Portugal ante una España siempre amenazadora. De manera que sacando factor común nos queda Inglaterra detrás de todo este asunto portugués, *en calidad de garante de su independencia que les asegura la dependencia de ellos* (cuando Inglaterra gobierna a otro país se hace llamar *garante*). Con la Casa de Braganza, dueña de Portugal a partir de 1640 y Juan IV como su primer rey, el país comenzó a depender cada vez más de Inglaterra y en 1700 ya se puede decir que era una colonia inglesa.

De manera que como decían aquellos versos cantados por los británicos: *donde asoma una cara portuguesa, fíjate en su nariz rubicunda, porque seguro que es inglesa*, aquí debió cumplirse al dedillo. Y si esto fue cierto, dígame el lector: ¿cuánto tiempo piensa usted que pasó desde la llegada de Pero López de Sousa hasta que el rey inglés y su Almirantazgo tuvieron en su poder las memorias completas de este nauta? Sin contar las otras cosas que se dicen pero no se escriben. No ha faltado quien me diga que es probable que las conociesen antes los ingleses que el mismo rey de Portugal.

El intruso inglés que era inglés

En 1577, una sociedad de comerciantes de Plymouth financia una expedición de cinco navíos que pone en manos de un hábil marino: Francis Drake (1540-1596), al que los españoles llamarán *Dragón*. Es este el tercer viaje de Drake. El primero había sido entre 1570-1571 al Caribe por una operación de venta de esclavos y de reconocimiento. En el segundo atacó Nombre de Dios en 1572 (esta ciudad de Panamá fue atacada por los piratas ingleses: Drake en 1572 y 1596; W. Parker en 1602; H. Morgan en 1668 y E. Vernon en 1739 y 1741). El viaje a nuestras costas no fue de exploración ni de conquista, porque España estaba en paz con Inglaterra (*cuando Inglaterra habla de paz es porque se está rearmando*, a esto no lo digo yo, lo dijo Churchill que los conocía bien). Se trataba, lisa y llanamente, de una aventura para la piratería y el crimen organizado que los ingleses llamarán de *circunnavegación* (*cuando los ingleses le dan un nombre nuevo a lo que todo el mundo conoce por otro, hay que coserse los bolsillos*). Luego de cometer tropelías, incendios, robos, crueldades y asesinatos en las Islas del Cabo Verde, llega al Río de la Plata a mediados de mayo. Allí no encuentra a nadie (Garay estaba en Santa Fe de Luyando y el Adelantado Ortiz de Zárate había fallecido en Asunción el 26 de enero de 1576). Permanecería unos catorce días, según su propia versión, la que desde mi punto de vista está totalmente devaluada al provenir de un pirata sanguinario. No hay constancias de un desembarco, aunque en su *Memoria* describe la ribera con mucho acierto y dice que *“la tierra está solamente poblada de perdices y de hombres gigantes.”* Pasa el invierno en San Julián, donde desembarca e instala una pequeña factoría.

A mediados de agosto Francis Drake levanta anclas y se dirige al sur. El 20 de agosto emboca el Estrecho de Magallanes, al que encuentra abierto en contra de lo pregonado por los españoles. Lo atraviesa y entra al Pacífico. Al llegar a Londres de regreso con el producto fabuloso de su pillaje la reina Isabel lo recibirá en triunfo, acepta comer en su buque y lo honra como Caballero. Desde entonces será Sir Francis Drake K. B., es vicealmirante de la *Royal Fleet*. El producto del pillaje es tan escandaloso que por una libra que puso cada inversionista recibió 47 de ganancia. Inglaterra, que es Isabel I, se ha dado cuenta que robar es más rentable que pedir dinero en préstamo y mucho más fácil que trabajar.

Una conclusión parcial sobre esta parte

He dado tres ejemplos que son los conocidos: uno enviado por los propios españoles por disposición del *catolicísimo* Emperador Carlos V que entre todos eligió un luterano (Ramusio), los otros dos son acreditados porque los contaron sus autores y por ello irrefragables. De no se por ellos, tampoco se sabría nada. En cuanto a Caboto se conocieron sus andanzas por los juicios que se le entablaron en España a su llegada, exhumados en parte por don Eduardo Madero y casi totalmente por el historiador chileno don Toribio Medina. Entre los trabajos de Madero y Medina están los de Paul Groussac. Con un poco de anterioridad a Madero, el historiador brasilero Varnhagen había encontrado la carta de Luis Ramírez en la Biblioteca del Escorial, pero su publicación estuvo plagada de errores. En esta carta el marinero de Caboto pinta que aquella expedición no fue un paseo y lo que ellos hicieron no fueron rosas perfumadas.

Entonces la pregunta capital en este asunto es: en todos estos vacíos que hemos visto muy someramente, donde el Río de la Plata quedó completamente desamparado, ¿cuántas expediciones clandestinas hubo de otras naciones? Porque suponer que Drake vino una sola vez y en carácter de descubridor, sin conocer los antecedentes del Río de la Plata, sería una temeridad. Sin embargo es posible que el pirata inglés viniese por primera vez, pero debió llevar a bordo prácticos que conocían la navegación por el río. Hoy mismo, con todos los adelantos técnicos es imposible navegar por el Plata sin un práctico a bordo, que normalmente sube en Montevideo o en el Pontón Recalada. Entonces, ¿quién les enseñó a esos prácticos ingleses a navegar sorteando bancos a diestra y siniestra, sin el balizamiento y dragado permanente que existe hoy en día? Y este oficio se aprende sólo con la práctica. Aquí la teoría es muy poca. Para colmo las naves de Drake eran mucho más grandes, pesadas y calaban más agua que las de Solís o don Pedro de Mendoza.

Creo firmemente que las expediciones españolas venidas del Tucumán, como la primera que he mencionado y en la que participó Garay; las numerosas expediciones que bajo distintos pretextos se hicieron desde la Asunción hasta las islas San Gabriel y de Flores; la fundación casi precipitada de Santa Fe de Luyando; el encontrarse Garay con las huestes de Cabrera en Sancti Spiritus como enseguida veremos y la fundación, también a las disparadas de Buenos Aires, no es otra cosa que las noticias que fueron recibiendo los españoles de la presencia cada vez más asiduas de velas extrañas en el estuario del Plata. Estas noticias no debieron pasar inadvertidas a un hombre celoso como Felipe II y es posible, o casi seguro, que de él nacieran las directivas que nosotros vemos se fueron plasmando año tras año.